

LA BIBLIOTECA PÚBLICA Y LA ENSEÑANZA DEL HOLOCAUSTO

Intervención I Encuentro Red Cívica contra el Antisemitismo

Madrid (Casa Sefarad) Diciembre 2012

El centro Holocausto (en la actualidad de cerca de 400 documentos, entre libros, vídeos y discos) y su correspondiente guía de lectura nació en el año 2007 en la Biblioteca Municipal Gerardo Diego de Villa de Vallecas como una iniciativa de mi compañero, Javier Fernández, y mía, coincidiendo con el Día de las Víctimas del Holocausto. Esta iniciativa respondía también a una doble motivación menos circunstancial:

Por una parte, trataba de dar cuenta de la ola de publicaciones sobre el Holocausto que se produjo en nuestro país sobre todo desde finales de los '80 y comienzos de los '90. Aunque con retraso, España se incorporaba por esos años al interés editorial de Francia, Alemania y los países anglosajones sobre la Shoá. Aparecieron libros fundamentales sobre el tema, aún no traducidos. Por mencionar algunos hitos: *Si esto es un hombre* (1947) de Primo Levi se edita en 1987; *Sin destino* (1975), del premio Nobel Imre Kertész, aparece en 1996; *Más allá de la culpa y la expiación* (1966), de Jean Amery en 2001; las memorias de Victor Klemperer, *Quiero dar testimonio hasta el final* (1995), son del 2003; *La destrucción de los judíos europeos* (1961-revisión, 1985) de Hilberg es del 2005. Hablamos de textos esenciales publicados mucho antes. Algunas editoriales tuvieron y siguen teniendo en esta recuperación de textos un papel especialmente meritorio.

Desde entonces no ha dejado de publicarse cada año un buen número de títulos con la Shoá como tema, que abarcan los más diversos géneros: desde estudios históricos divulgativos o especializados, a reflexiones filosóficas, testimonios, libros de ficción, e incluso libros infantiles. Existe un público lector, no necesariamente especializado, que demuestra un interés constante hacia los múltiples aspectos del Holocausto. Este interés permanente refleja, a mi parecer, un reconocimiento: el reconocimiento de que la Shoá se ha convertido en el acontecimiento central de nuestra historia reciente, el punto que marca un antes y un después que no podemos ignorar. Es raro encontrar un pensador actual que no haya tomado en algún momento Auschwitz como centro de sus reflexiones.

Reunir, organizar, resaltar este material disperso, ayudar a difundirlo mediante guías rigurosas, fue, pues, nuestro primer objetivo.

Una segunda motivación en el inicio de nuestra colección tiene que ver con el antisemitismo. Nuestro centro no podía limitarse a ser una sección meramente histórica dedicada a un acontecimiento puntual, sino que debía incluir una vertiente de actualidad. Era la contrapartida, la otra cara de la moneda de ese interés renacido sobre la Shoá. Parecía como si al levantarse el tabú de hablar sobre la Shoá, que había pesado durante largos años en todo el mundo, muchos se hubieran considerado autorizados no sólo a estudiar, investigar y dar testimonio, sino también a volver a esgrimir sin ningún pudor ni vergüenza los más viejos tópicos antisemitas, empezando por la negación del propio Holocausto.

Todavía hay voces en nuestro país que se empeñan en minimizar el fenómeno del antisemitismo o reducirlo a casos aislados; pero la realidad es terca. Basta echar un vistazo en Internet a la página del Observatorio de Antisemitismo para cerciorarse. Los informes y encuestas que hablan de la extensión de actitudes antisemitas entre la población, en especial entre los escolares, los incidentes reiterados, las viñetas humorísticas donde se banaliza el Holocausto, los artículos de conocidos escritores, con bastón o sin bastón, donde se reutilizan los más rancios estereotipos antisemitas, que

parecen extraídos de *Los Protocolos de los Sabios de Sión*... las señales son lo bastante abundantes y frecuentes como para empeñarse en no verlas; hay que estar desde luego muy ciegos (de un tipo de ceguera voluntaria que se dio mucho durante el Holocausto) para negarse a percibir lo evidente: el recrudecimiento del antisemitismo en todo el mundo, también en nuestro país, y ya no sólo en los círculos habituales de la extrema derecha, sino entre sectores cada vez más amplios de la izquierda. Se ha señalado más de una vez y conviene repetirlo: el antisemitismo es uno de los índices más fiables de la buena o mala salud democrática de un país, y hace años que ese índice es preocupante entre nosotros.

Reunir libros y otros recursos, incluyendo la red, que ayudaran a prevenir y combatir el negacionismo, el nuevo antisemitismo que se disfraya de antisionismo y la banalización del Holocausto, se convirtió en nuestro segundo objetivo.

Un tercer punto que tuvimos también muy en cuenta desde el comienzo fue la necesidad de defender el carácter único del Holocausto. La intención de quienes niegan su especificidad es difuminar el horror equiparándolo a otros genocidios. Se trata de una forma suave de negacionismo. No se niega la realidad del crimen, pero se lo atenúa calificándolo como un exceso más en una guerra pródiga en ellos. Pensamos que en este punto había que ser claros: el Holocausto fue un *summun*, un límite nunca antes alcanzado en la historia del crimen colectivo. En primer lugar por la forma de llevarlo a cabo aplicando de manera sistemática la técnicas de la producción en cadena al exterminio. Esa conjunción de eficiencia industrial y crimen resulta inédita en los anales de la historia. Pero también la filosofía que sustentaba esa praxis resultaba no menos pavorosa.

Creo que fue Hannah Arendt quien señaló que el Holocausto no respondió a las motivaciones prácticas que se dan en los otros genocidios: no se trataba sólo de eliminar enemigos políticos, de expoliar a un grupo humano, de obtener ganancias territoriales ni siquiera de servir de chivo expiatorio para aliviar las tensiones producidas por una situación social de crisis. Aunque todas estas motivaciones estuvieran presentes, no fueron el motor principal de la Shoá. Su finalidad, al margen de cualquier ventaja práctica (incluso a costa de la propia supervivencia del verdugo, como se vio al final de la guerra) era el puro y simple exterminio.

Fueron los propios nazis quienes convirtieron a los judíos en una víctima universal con la que cualquier otra víctima de exclusión y fanatismo podía identificarse.

Este carácter excepcional, modélico en sentido negativo, de la Shoá autoriza a prestar una atención especial al tema. De vez en cuando nos preguntan en tono de reproche: ¿por qué hablar del Holocausto habiendo tantos otros genocidios?, como si tratar de uno fuera incompatible con la atención a los otros. Pero es al contrario: estudiar el Holocausto no redundaría en el olvido o menosprecio de las otras víctimas, sino en una mayor sensibilidad hacia cualquier fenómeno de violencia y exclusión de un grupo social sobre otro. No se estudia el Holocausto para silenciar otros genocidios, sino para comprender mejor cómo se llega a cualquier otro tipo de genocidio, que siempre será una realización parcial, fallida, de su modelo inalcanzable.

La guía sobre el Holocausto creció mes a mes con reseñas reflejando las novedades aparecidas en el mercado editorial. Mucho de ello se puede encontrar en nuestras bibliotecas públicas.

Espoleados por las muestras de interés de usuarios, profesionales diversos —en especial educadores— e instituciones (como Casa Sefarad, a la que agradecemos su difusión) este 2012 que vamos a dejar atrás decidimos plasmar nuestro trabajo en la red abriendo lo que definimos como una guía virtual de lectura, una página web titulada *Lecturas del Holocausto*. De lo apropiado de la iniciativa baste decir que en poco más

de seis meses hemos recibido cientos de visitas, correos y el reconocimiento como proyecto digital valioso sobre memoria y fomento de la lectura en el pasado Congreso de Bibliotecas Públicas.

En un futuro que esperamos cercano, abrigamos la idea de propiciar un club de lectura virtual específico, un centro de interés permanente, encuentros con autores, supervivientes o testigos y más iniciativas, dependiendo siempre de los más que problemáticos recursos.

Me gustaría resaltar también el hecho de que nuestra iniciativa haya sido posible no en un centro especializado o universitario, sino en una modesta biblioteca pública municipal, con escasos medios y nutrida en buena parte de donaciones de particulares; creo que dice mucho en favor de unos centros que han sido el patito feo de nuestro sistema cultural y que ahora, como tantas otras instituciones desde luego, están viviendo una situación dramática.

Es una lección bien contrastada de la historia lo fácilmente que se disparan los prejuicios en una situación de crisis como la que vivimos en estos momentos. Es ahora cuando debemos estar más alerta que nunca contra la aparición de cualquier fanatismo. Pero no existen otras armas para combatirlo que las de la cultura: la información, la enseñanza, la pedagogía en cualquier medio, los libros, siempre los libros. Para la mayoría de los ciudadanos corrientes, los más expuestos a los prejuicios, una biblioteca pública es el único acceso que tienen a la lectura y la información en profundidad. Por ello es tan vital no descuidar en momentos de penuria la dotación de estos ambulatorios de la cultura.

Una de las enseñanzas principales que nos proporciona el estudio del Holocausto y del antisemitismo es que odiar resulta un consuelo fácil, rápido y barato. Mucho más barato desde luego que una biblioteca llena de libros. ¿Es preciso recordar el precio que pagaron tantos en la Alemania de los '30 por elegir el recurso más barato para salir de la crisis?

Gracias